

## 9. Alemania

Estamos en mayo de 1973, cuando empiezo a trabajar en la empresa Leonard Herbert, que, como expliqué en la entrega anterior, se dedicaba a la construcción de máquinas para hacer neumáticos y prensas con calefacción para recauchutarlos. La máquina inicial, muy grande, construye el entramado de alambre de acero, que cubre después con lona y goma virgen, sin recauchutar. Lo más costoso, que añade más valor es el perfil de la rodadura, que tiene mucho trabajo manual, para hacer el dibujo, que sale de la fundición de aluminio en bruto. Se compone de piezas con curvatura, que se acoplan las unas a las otras para formar la circunferencia que se adapta al círculo interior del horno. Además del dibujo, están taladradas por todas partes con agujeros diminutos para que en la cocción salga por ellos el exceso de goma. Estos moldes se fabricaban en España, por la mayor baratura de la mano de obra y se recibían listos para acoplarlos al círculo interior del horno. Las máquinas se vendían por todo el mundo y había varios mecánicos que salían a montarlas.

La empresa tendría unos 140 trabajadores, entre los que había varios españoles y algunos turcos. El taller con las máquinas estaba en la planta baja y en un altillo estaba el taller eléctrico. La mayoría de los trabajadores eran de mediana edad y llevaban muchos años en esa fábrica. Una empresa de las que se dicen "familiar", donde todos los trabajadores entraban con su coche y lo aparcaban en una explanada que había en el interior. Nadie controlaba los coches ni a la entrada ni a la salida. No oí hablar sobre ningún conflicto. Era una balsa de aceite. Cuando caían los pedidos ponían a los obreros a limpiar y pintar alguna parte de los talleres, hasta que venían pedidos y salía del bache. Y si alguno se traía algo de su casa para reparar allí, nadie le decía nada. Como le iba muy bien con aquel equipo, no despedía a nadie para no tener que contratar gente nueva después. Los altibajos en la producción son una constante en estas pequeñas fábricas que, por cierto, son las que más han contribuido a la expansión de la maquinaria alemana por todo el mundo. Como después relataré, aún caí en otra parecida y en ambas lo que primaba era la calidad. No salía una máquina igual a la anterior, porque los ingenieros que

tenían estaban permanentemente al pie del cañón, sobre todo cuando se probaban, ideando mejoras para la siguiente, sin importarles meterse debajo de la máquina y pringarse de grasa como cualquier otro trabajador.

Entre los españoles había uno que proporcionaba a los demás trabajos de limpieza de oficinas o comercios para hacerlo en su tiempo libre. Su mujer trabajaba en la cantina. Un vivalés que a los pocos días de empezar a trabajar me propuso hacer limpiezas, en la mesa de la cantina donde nos sentábamos los españoles. Cuando le contesté que con las 8 horas de la fábrica ya tenía bastante, se enfadó conmigo y me dijo que allí todos limpiaban y que no sabía que es lo que yo había venido a hacer en Alemania. Todos ellos vivían por los alrededores, generalmente como realquilados o en casas antiguas.

Aquello era, pues, una balsa de aceite. Los españoles me contaban como era su vida (y sobre todo la de otros) en Bergen-Enkheim. Así supe de las andanzas de los comunistas, que tenían una célula en el pueblo. Para ellos era algo así como el diablo.

A poco de empezar me desplazé a Frankfurt para conocer a los compañeros alemanes del grupo Arbeiterpolitik. Me gustaron y permanecí ligado al grupo hasta que salí de Alemania, 6 años después. En la Universidad me matriculé para los cursos gratuitos de alemán que daban para los extranjeros. Como suele suceder, empezábamos muchos y terminábamos pocos. Lo cursé tres años seguidos, lo que daba para un diploma en el que constaba que era un alemán “para andar por casa”, para hablar, escuchar y entender y leer, no para traducir o interpretar de manera oficial. Un año después de estar en la empresa, saqué el carné de conducir y unos días después compré el escarabajo de la Volkswagen en un mercado de coches usados que ponían en Bergen. Una curiosa anécdota, que refleja el ambiente de los círculos españoles por aquella zona. Cuando lo conté en la fábrica me dijeron que el “vivalés” que cité antes, se había quedado con un palmo de narices, porque había comprado un Mercedes grande y viejo, con intención de vendérmelo a mí cuando sacase el carné. Estas personas se forman una imagen de lo que es (o debe ser) un español emigrado y se la aplican a todos sin pararse a intentar conocer mejor a cada uno. La fiebre por

venir de vacaciones a España con un gran Mercedes a pasearlo por el pequeño pueblo donde todos le conocen parecía ser general. Yo he visto a uno que trabajaba como jardinero en la mansión de la dueña de la fábrica en la que trabajé después, con casi un ataque de histeria porque su jefa le había prestado un viejo Mercedes que tenía abandonado para que fuese de vacaciones a su pueblo. Cerraba los puños y los agitaba ante sus propias narices diciendo: “¡Ay cuando me vean asomar por mi pueblo con ese coche!”

Estrené el coche haciendo un viaje a Milán. Había tomado contacto con unos españoles en Frankfurt que pertenecían al llamado Partido Comunista Internacionalista fundado por Amadeo Bordiga después de chocar, como Thalheimer en Alemania, con la línea oficial de la Internacional Comunista. Fuimos, dos del Partido y yo a Milán, a recoger material de propaganda y visitar sus compañeros italianos. Poco recuerdo de aquel grupo, si no es un cierto sectarismo en su trato con otros grupos. Su problema era el mismo de todos, incluso los alemanes: su nula penetración entre la clase obrera en Alemania.

Fueron dos años de placidez, viajando a Mallorca en verano y en Navidad, gracias a los descuentos que teníamos los emigrantes para viajar en avión al país de origen. Pero la placidez acabó dos años más tarde, en enero de 1975, cuando la empresa se declaró por sorpresa en quiebra. Lo supo el representante sindical antes que la empresa lo anunciara y le pidió explicaciones. Entonces ésta convocó una asamblea general con la dirección, el sindicato y todos los trabajadores. Nos dijeron que no habían querido levantar la liebre antes de formalizar la situación ante los tribunales, pero que infelizmente era cierto y solo se terminarían las máquinas que se habían empezado a construir y el personal sería despedido paulatinamente, a medida que fueran acabando su faena en cada máquina.

Ante el silencio general intervino el sindicalista para decir que habría que hacer un plan social, con la intervención del sindicato para que saliéramos lo menos perjudicados posible. En Alemania, la mecánica en caso de quiebra es la siguiente: La empresa tiene que saldar primero sus deudas con los acreedores y el Estado (no

recuerdo cual es la prioridad entre los dos) y a seguir, con lo que quede, hay que hacer un llamado “plan social”, que debe convenir con el sindicato, el plan consiste en repartir el dinero entre los trabajadores atendiendo a su edad, al tiempo que lleve en la empresa y a su situación familiar.

Pero entonces saltó la liebre. Un empleado, joven, que estaba contratado recientemente con contrato temporal, para trabajar como delineante, pidió la palabra para decirnos que él se había informado bien y descubrió que la quiebra no estaba legalizada, que la empresa había vendido las patentes y que había que denunciar la quiebra, que calificó de fraudulenta, antes de pensar en planes sociales, que significaban la aceptación sin más de la quiebra. El Director intervino de inmediato para decir que el que hablaba era un contratado temporal y no tenía nada que decir en aquella reunión. Inexplicablemente para mí, todos callaron, respetuosos con el Director y allí acabó la reunión.

Al día siguiente, lo primero que hice fue dirigirme al representante sindical (procurando

que hubiese más gente presente) y decirle que, en mi opinión, hasta que no se aclarase la situación, una vez que la empresa tenía empantanados unos millones de marcos en las máquinas que estaban a medio construir, nuestra respuesta debía de ser la de declarar una huelga, porque si seguíamos trabajando en esas condiciones no hacíamos otra cosa que colocarnos a nosotros mismos el dogal al cuello. Me respondió, aún lo recuerdo que los españoles éramos todos anarquistas e íbamos enseguida por la tremenda. “Aquí en Alemania es diferente. Podemos pelear con el patrón lo que haga falta pero sin parar la producción, porque eso nos afecta a todos”, me dijo. Intenté mover a otros, pero no pude conseguir nada. Lo que yo decía era muy claro y saltaba a la vista: Seguir trabajando hasta terminar las máquinas era lo que deseaba el patrón, y por eso no nos había informado de lo que se estaba cocinando. Pero aquel ambiente “familiar” que he citado más atrás pesaba como una losa en las mentes de mis compañeros de trabajo. La mayoría, por no decir todos, confiaban en que se cerraría pero el patrón no les dejaría en la estacada.

El que levantó la liebre en la asamblea resultó ser un miembro del KBW, un grupo maoísta, por entonces en auge y muy activo entre los estudiantes. A la mañana siguiente nos sorprendieron en la puerta de entrada un grupo de jóvenes repartiendo una octavilla en la que, en tono incendiario, se denunciaba el fraude y nos exhortaba a luchar. En el final del panfleto nos convidaba a una reunión el sábado en un bar cercano para informarnos más detalladamente. Unos la rechazaron y otros las cogieron, algunos de ellos mirando alrededor con miedo de que les viese alguno de los jefes.

El sábado aparecimos tres personas en la reunión, dos españoles y un alemán. Del KBW vinieron 4 y nos leyeron la consabida cartilla revolucionaria. Pero uno de ellos dijo algo que a otro no le pareció muy ortodoxo y acabaron riñendo entre ellos delante de nosotros. Al final, me convidaron a asistir a una fiesta que iban a celebrar en un salón de la Universidad. Fui por curiosear y tal era el hambre de proletarios que tenían, que me exhibieron como un trofeo, presentándome a sus compañeros como “un trabajador”. Aún más: me dijeron que tenían a

otro trabajador y me lo iban a presentar. Un chico con el que no pude entablar conversación porque se limitaba a mirar como alelado todo aquel ambiente que le rodeaba. Dos trabajadores entre más de doscientas personas, según mis cálculos.

Pero, eso sí, desde aquel día se lanzaron todos a robar todo lo que podría serles útil en su casa. Hasta las estanterías desaparecieron de las paredes. Cuando me tocó la china, unas semanas más tarde, cogí toda la herramienta que tenía a mi cargo, la metí en la caja de herramientas y la llevé al almacén con la lista en la mano, diciendo que vieran que no faltaba nada. No me dejaron hablar porque cuando el empleado del almacén cogió la caja para guardarla por poco se cae al suelo porque la levantó pensando que estaba vacía, como todas y se encontró con que pesaba como un muerto. Se quedó alelado y me dijo: “¿pero que haces? ¡Aquí nadie entrega más que la caja!”. Salí de allí en febrero de 1975. Había estado algo menos de dos años en la empresa.

Como era de los últimos que habían entrado en la empresa y estaba soltero, nada me tocó del Plan Social. Yo había buscado ya otro empleo en el

mismo Bergen, cerca de mi casa. Era una fábrica de componentes para el automóvil, cardan, ejes traseros, ballestas, etc. Habían puesto un anuncio pidiendo un electricista de taller, como en la anterior.

Con gran distancia, el peor sitio en el que trabajé en mi vida. Dos hermanos, campesinos de origen, que se metieron a empresarios y montaron una fabrica en sus terrenos, la mitad en un lado de la calle y la mitad en el otro, con carretillas elevadoras cruzando la calle a toda hora y un semáforo que se ponía rojo cada vez que tenía que cruzar. En un lado la fabricación de piezas grandes, con carretillas con motor de gasolina cruzando por el taller, permanentemente cargado de humo. En el otro lado, la fabricación de piezas más pequeñas, en un espacio atestado de máquinas, con solo un corredor a lo largo de la pared del edificio, en el que depositaban las carretillas desde la calle los contenedores y una grúa puente que corría de punta a punta del edificio, para coger los contenedores y pasándolos por encima de los trabajadores y las máquinas, dejarlos en la máquina correspondiente y coger el contenedor con las piezas acabadas y traerlo al

corredor. De los extintores de incendios apenas estaba la señal de alguna vez que los hubo. Para ir a su máquina, los trabajadores tenían que entrar por el corredor y saltar sobre otros contenedores, pasar por los estrechos huecos entre las máquinas y llegar a la suya, de la que sólo salía algún momento para ir al servicio. Lo que nunca entendí es cómo se zafaba de las inspecciones periódicas del Ministerio de Industria, por lo general muy rigurosas, como pude comprobar en las otras empresas donde trabajé.

Los trabajadores, 50 o 60 en total, eran todos extranjeros, italianos, turcos y españoles. No había más alemanes que los cuatro o cinco encargados, que por cierto, estaban todo el día bebiendo cerveza. Eran frecuentes las discusiones entre los italianos, que procedían de distintas zonas del país. Algunos ni se hablaban entre sí.

A los pocos días de empezar, me llama el encargado y me dice que tengo que quitar con un martillo perforador la base de cemento de una máquina que habían quitado. Le dije que yo no estaba allí para eso y me mandó a hablar con el encargado de Personal, en la oficina. Este me dijo

que el que estaba antes que yo hacía de todo, porque una empresa pequeña como esta no se podía permitir tener mucho personal para mantenimiento. Le dije que mi contrato rezaba “electricista de taller” y lo que me habían mandado era para un albañil. Cedió, esperando otra ocasión, y lo dejó pasar.

Resultó que allí trabajaba en una máquina-herramienta el figura del PCE en Bergen-Enckheim, que por cierto se llamaba Carrillo. Llevaba un gorro de lana con los colores de la bandera republicana y repartía el Mundo Obrero entre los españoles.

En vista de todo esto, me fui al sindicato a hablar con el que tenían destinado a tratar con los extranjeros y le expuse la situación de la fábrica, donde todo estaba al margen de toda norma y reglamentación existentes. Desde las carretillas con motor de gasolina circulando por las naves cerradas, hasta la grúa puente pasando sobre las cabezas de los trabajadores, la ausencia de extintores, la dificultad para salir del puesto de trabajo en caso de siniestro, etc.

Me dijo que sin una queja proveniente de los propios trabajadores el sindicato nada podía hacer. Si vamos allí con alguna pretensión nos puede echar con cajas destempladas. El único camino era el de formar un Comité de Empresa, para lo cual tenía que contar con algunos compañeros, afiliados o no al sindicato. Basta con un par de afiliados. Con esa propuesta, el sindicato puede presentarse en la fábrica y celebrar unas elecciones. El patrón no se puede oponer. Y me propuso desplazarse un día para conversar con nosotros en algún local. Puede ser incluso en domingo, me dijo.

Traté el tema con algunos de los españoles y me dijeron que el jefe no quería, que ya lo había intentado alguien y lo echaron de inmediato. Entonces me dirigí a Carrillo, que estaba trabajando en dos máquinas al mismo tiempo, colocaba las piezas a ser mecanizadas en una mientras la otra hacía las operaciones, así que estaba volviéndose constantemente de la una a la otra. Le propuse asistir a la reunión con el del sindicato y me dijo que él no podía, porque el Partido le tomaba mucho tiempo, además de las limpiezas que hacía después del trabajo en la

fábrica. A todo esto miraba hacía los lados con miedo, aún me dijo que el jefe era algo brusco, pero no era malo en el fondo, y con eso acabó la conversación.

Quizás convenga hacer aquí un inciso para aclarar algunas cuestiones respecto al mayor o menor poder que tienen los sindicatos en Alemania. Esa experiencia me llevó a indagar en la historia del sindicalismo alemán. La actual legislación laboral, en materia de representación de los trabajadores, fue obra de las fuerzas ocupantes cuando terminó la guerra, especialmente de los EE.UU. Los Comités de Empresa lo forman representantes de los trabajadores, que no necesariamente tiene que estar afiliados a ningún sindicato. Una representación de los sindicatos en la Empresa, algo así como las Secciones Sindicales en el Estado Español, sólo se implantó bastantes años después. Un Comité de Empresa no puede declarar una huelga, sólo el sindicato, tras una consulta a los trabajadores. Para declararla tiene que votar a favor más del 60% de los votantes y para volver al trabajo, basta con que lo apruebe el 30 %.

Unos días después, llegó la nómina y un compañero español me dijo que no entendía lo que había sucedido. “He trabajado las mismas horas extras de todos los meses, no he faltado y he cobrado menos”. Miré la nómina y vi que no tenía las horas completas del mes. Le dije que se lo dijera a su encargado, que faltaban horas. Al cambio de un rato vino a decirme que estaba aclarado. Que cada vez que se vacía un contenedor y hay que salir al corredor para coger la grúa, trasladar el contenedor con las piezas mecanizadas al corredor y coger el otro con piezas sin mecanizar para transportarlo a su máquina, hay que fichar el tiempo que se emplea en trabajar con la grúa. El no lo sabía, porque había estado trabajando en otra máquina los meses anteriores y no fichó. Le faltaba pues todo el tiempo que había estado utilizando la grúa en ese mes. Con esta explicación se dio por satisfecho. Me indigné, y le dije que lo que cuenta para cobrar es el fichaje a la entrada y a la salida del trabajo. Si le dicen que tiene que fichar para otras cuestiones de la organización interna de la empresa, es cosa de ella. Claramente, estas prácticas son para tener un mínimo de personal en las oficinas. Le animé a protestar, pero me dio



la impresión de que no lo hizo, porque no volvió a tocar el tema.

Aquello era pues, una pandilla de ladrones. Se dice mucho de las condiciones en las que trabajan estas empresas que proveen de componentes a la industria del automóvil, porque la competencia es feroz y los clientes (las empresas automovilísticas) les aprietan las tuercas al máximo. Esto es lo que provoca que aparezca ese tipo de empresarios piratas, carentes de cualquier escrúpulo y atentos a la capacidad intelectual de cada trabajador, para hincar el diente en los más débiles.

En el fondo de la nave estaban los lavabos, con el techo bastante más bajo que el de la nave, lo que permitía reparar la grúa desde allí cuando se estropeaba. Allí arriba, la grúa quedaba a la altura de las rodillas. Pues bien, un buen día, el encargado vino a decirme que subiera a ese patamar y lo limpiase, porque estaba lleno de porquería, que arrojaban desde abajo. Una vez más tuve que decirle que aquello no era de mi incumbencia. Me envió, como la otra vez, al jefe de personal y le respondí que no, que viniese él a hablar conmigo, si quería. No vino.

Al terminar esa semana me dijo el encargado que la siguiente semana tenía que trabajar en el turno de noche, empezando el lunes. Nadie me había dicho hasta entonces que tuviese turno de noche, al que solo venían unos pocos para los trabajos en los que se acercaba el plazo de entrega. La jugada estaba clara: Llego a trabajar y me manda a limpiar aquel patamar. Me niego, y como no tengo jefe de Personal no hay nadie a donde echar mano, me despiden por negarme a trabajar. En Alemania eso es motivo para despido justificado. La ley dice que hay que obedecer primero y reclamar después. No me lo pensé dos veces. El lunes me presenté en el médico y le dije que estaba con un gran dolor en la espalda que no me dejaba moverme. Como es usual en Alemania, para empezar me dio una semana de baja. A la siguiente semana volví a decirle que no mejoraba y me dio otra semana más.

El viernes recibí el alta médica y el lunes fui a trabajar por la mañana, como si tal cosa. Estaba cambiándome cuando vino el encargado a decirme que si no sabía que estaba despedido y me lo había comunicado por correo. "Pues a mí no me ha llegado nada", le respondí. Volví a casa y

me encontré en el buzón la carta de despido. Motivos: "*Wiederholte Faulenzerei*", o sea "gandulería repetida". Como en Alemania no pueden despedir mientras se encuentra uno de baja, me dirigí al abogado del Sindicato. La secretaria, como buena alemana, tuvo que confirmar primero que yo estaba afiliado al sindicato. Al abogado le expliqué el tipo de empresa y las condiciones de trabajo. Miró en la carta el número de teléfono y llamó diciendo quien era y pidiendo hablar con el dueño. Nada más empezar, le interrumpió para decirle que no gritara, que lo fundamental es que yo estaba de baja y no me podía despedir, menos con los motivos que alegaba en la carta. Por lo visto el otro continuó gritando porque el abogado le dijo tajantemente: "Está bien, nos veremos en los tribunales". Ahí el dueño se apagó y le dijo que volviese a buscar otra carta de despido con otras razones.

El abogado, que ya debía de conocer ese tipo de empresario me dijo: "No vaya usted, porque posiblemente le haga pasar a su despacho y le provocará para que usted salte, lo que quedará grabado en algún micrófono que tendrá por allí. Le

manda usted una carta pidiéndole que le envíe la carta por correo, así como el *Arbeitszeugnis*" (esto es una carta que obligatoriamente tiene que dispensar cada empresa al trabajador que la abandona, tanto si es despedido como si pide la cuenta, en la que tiene que reflejar el comportamiento del trabajador durante su estancia en esa empresa y es lo primero que piden en cualquier otra en la que se busque trabajo). Así lo hice y recibí otra carta de despido en la que alegaba que yo no era adecuado para las necesidades de la empresa.

No acabó todo ahí. La redacción del *Arbeitszeugnis* no me gustó y volvía al abogado. En efecto, aparentemente no había nada de raro, decía que había trabajado "a satisfacción de la empresa", pero el abogado me dijo que los empresarios tenían una especie de código para entenderse entre ellos y darse la alerta. Hasta tres veces estaba la palabra "*zufriedenstellen*" que viene a ser "satisfacción". De por sí, esa palabra indica el mínimo grado de elogio, pero si está tres veces ya es peligrosa. Esto alertaría a la empresa donde me presentase, que me mandaría volver y se pondría en contacto con la anterior para recibir

información más exacta. Por lo tanto, me dijo el abogado que le dejase la carta, que él la enviaría a la empresa para que la redactasen de otra manera. Así lo hizo y recibí la nueva unos días después.

Me fui pues, al paro en junio de 1975. Había aguantado 4 meses en aquel infierno. Por entonces el desempleo estaba crecido en Alemania y pasaban los meses sin recibir ninguna oferta de *Arbeitsamt* (el INEM alemán). Me dediqué a ponerme al día respecto a la historia económica de España, una de mis asignaturas pendientes. En la Biblioteca municipal de Frankfurt tenían una sección de libros en Español, con obras de Visen Vives, Muñón de Lara y otros. Me hice socio para llevarme los libros en préstamo. Fue entonces cuando pude medir la magnitud del desastre que representó para nuestro país un proceso de industrialización marcado por la alianza espuria entre los señores feudales y la naciente burguesía. La renuncia a una verdadera revolución burguesa, cuyas secuelas sufrimos hasta hoy, cuando las decisiones más importantes, que afectan a la totalidad de la población, no se toman en el parlamento, sino en

partidas de caza, y la losa borbónica, ien el año 2009! Continúa cerrando la salida.

En vista de que no recibía nada del INEM alemán, me decidí a buscar trabajo a través de los anuncios de la prensa y visitando las zonas industriales, donde aún se podían encontrar carteles solicitando trabajadores en las puertas de algunas fábricas.

Siete meses estuve parado hasta que por fin encontré una fábrica de máquinas para hacer masa de chocolate, en la que empecé una nueva andadura.

Queda para la próxima entrega.